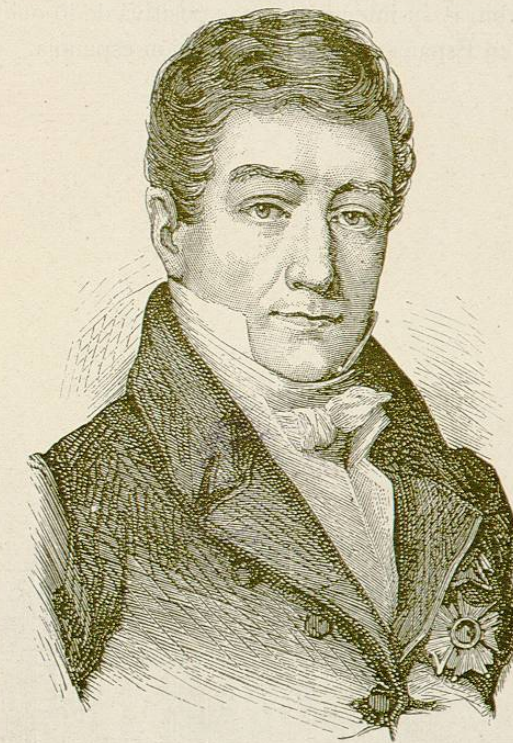


do Marat á La Bourdonnaie. Esta exaltación no podía contenerse delante del gobierno, á quien gritaban los feroces realistas que se marchara, y no es esto lo peor, sino que La Bourdonnaie tenía razón cuando exclamaba: «¿En dónde está el hombre de honor que se encuentre dispuesto á tener relaciones políticas con un Pasquier, quien, solo á contar de la Restauración, ha cambiado cuatro ó cinco veces de opinión y de posición?»

¿Y qué se le ocurrió al gobierno para dominar á

los ultra-realistas? Pues nada menos que una ley para que los pensionados de Napoleon pudieran cobrar del patrimonio imperial sus pensiones. Esta ley produjo cien escándalos en la Cámara de diputados sin lograr interesar al país que no se conmovió en lo más mínimo; tan grande era la repugnancia que sentía por el Proteo que tenía encadenado Inglaterra en Santa Elena. Los realistas á quienes no se les había aún indemnizado por lo que habían sufrido durante la Revolución, no podían indemnizar á sus



PASQUIER

enemigos. Sin embargo, consintieron en que se les diera algo, pero esto fué para echar mano al patrimonio imperial con el que se propusieron indemnizar en lo posible á los soldados de la contra revolución ó de Condé. Pero con esto consiguió á su vez la Cámara de diputados disgustar á la de los pares, en la que había no pocos ex-imperialistas y no pocos legatarios de Napoleon, quienes devolvieron la pelota á la situación, declarando al constituirse en alto tribunal de justicia para ver la causa de la conspiración militar, que Berard, el traidor, era un hombre comprado por la policía, y que lo era también el capitán Nantil de quien se había servido Fabvier. De los nueve acusados contra quienes se les pidió la pena capital, la Cámara de los pares solo quiso castigar á seis, y aún á dos ó tres años de prisión.

Un gobierno enérgico habría podido, pues, apo-

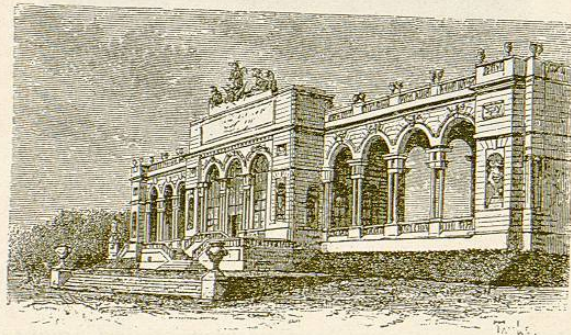
yándose en la Cámara de los pares imponerse á los ultra-realistas, pero ese gobierno que quería estar bien con la derecha y con la izquierda, no hacía más que amontonar odios y malas voluntades al rededor suyo. Los mismos que pedían que se indemnizase á las víctimas de la Restauración, eran los que apoyaban las partidas de la Fe que los ultra-realistas habían armado en España contra los constitucionales, viéndose por ello dura y justamente combatido por Estanislao Girardin, Manuel Chauvelin, Etienne, Méchin, Foy, Casimiro Perier, Benjamin Constant, de Corcelles, Demarcay y otros. Sin fuerzas, pues, el gobierno ni para el bien ni para el mal, parecía que Richelieu había conseguido su objeto al salir del ministerio Vilelle y Corbiere que arrastraron tras sí á Chateaubriand, embajador de Francia en Berlín; pero si Richelieu triunfaba, triunfaba á medias, por-



que ahora hubiera debido apoyarse resueltamente en la opinión liberal y en el rey y continuar adelante. Pero Richelieu nada hizo y las elecciones de 1820 vinieron á sacarle sólo de su apatía. Dos terceras partes de los elegidos, eran ultras. Richelieu creyó entonces que no le quedaba más recurso que los liberales y se propuso aliarse con ellos. Pero éstos fueron exigentes, pidieron garantías, cuando Richelieu sólo quería de ellos su apoyo incondicional á su política. La inteligencia no fué posible y Richelieu tuvo que retirarse al discutirse el discurso de la Corona, en el cual demostraron los ultras su intención clara de intervenir militarmente en España é Italia.

Luís XVIII consintió en admitir la dimisión de Richelieu y en llamar á su lado á los miembros de la Congregación que habían aprovechado el verano para calentar el país, pero consintió porque no podía disponer de su embajador en Londres, de Decazes, que de ser posible, Vilelle no entrara en el gobierno acompañado de Corbiere, de Peyronet, de Mateo de Montmorency, de Clermont-Tonnere y del mariscal duque de Bellune.—15 Diciembre 1821.

La reacción había triunfado al fin en Francia, y su triunfo lo iba á sentir Europa de una manera más positiva de lo que había sentido el triunfo de la revolución española.



CAPITULO XIV

INGLATERRA

Consternación causada en los círculos conservadores por las revoluciones ocurridas en los pueblos latinos.—Causas de esta consternación.—Simpatías de Inglaterra por las revoluciones en el Mediodía.—Rousseau y Bentham.—Principio de la doctrina de Bentham.—Tendencias prácticas de Bentham.—Bentham se hace cosmopolita y se retrae de Inglaterra.—Bentham, demócrata, vuelve las espaldas al régimen político de Inglaterra.—Resultados de los esfuerzos intentados por Bentham para hacer prevalecer sus ideas en su patria, que se muestra apática.—Administración tory de lord Liverpool.—Ojeada retrospectiva al pasado.—Intermedio de la dominación de los whigs.—Los tories contra Canning y Wellesley.—Fuerza y posición del ministerio Liverpool.—Engrandecimiento del principio monárquico bajo Jorge III.—Los whigs.—La reforma parlamentaria.—*Secessio-populi*.—Guillermo Cobbett.—Angustia pública.—Despierta la oposición en el seno de la Cámara y fuera en el pueblo.—Agitación en favor de las reformas.—Medidas tomadas por el gobierno.—Aumenta la impopularidad del gobierno.—Nuevos apuros del país.—Restricción del banco.—Nuevos movimientos entre los radicales.—El rey Jorge IV.—Carolina de Brunswick.—El proceso.—Posición de Inglaterra respecto del extranjero: cuál era su consideración.—Incremento de la influencia ejercida por las opiniones y por la política del pueblo inglés.—Reformas en la economía política.—Porvenir de la reforma parlamentaria.



ACABABA lord Castlereagh de congratularse pública y solemnemente por el triunfo de la política conservadora de Europa, anunciando que la paz y el sosiego público descansaban sobre bases inquebrantables, cuando la noble España se encargó de desmentirlo llevando de Cádiz á Madrid aquel Código constitucional que se había informado en los más puros principios de la política inglesa formulados, propagados y sostenidos por Jeremías Bentham; el hombre á quien debe más la democracia y la libertad de Europa. Tras de España, Nápoles; luego el Piamonte, y allá enfrente del pabellón inglés, en la patria y cuna de la democracia europea, allá se veía formar la tempestad que iba á desencadenar otro inglés con sus inmortales cánticos, porque fué destino singular de Inglaterra en el primer tercio de nuestro siglo combatir la libertad en Europa, mientras la inocula-

ban y defendían con las armas en las manos, si era preciso, sus ilustres hijos.

Cuando Castlereagh se sintió herido en sus previsiones de político, y desacreditado como profeta, volvió sus ojos á su alrededor y entonces declaró como Gentz, como Chateaubriand, que todo el mal venía de América. La consternación del primer ministro se comunicó rápidamente á los círculos conservadores de Londres, porque se daba por cierto lo que Castlereagh parecía que acababa de descubrir, esto es, el gran desenvolvimiento democrático de América como destinado en estos últimos días, en que el absolutismo triunfaba en Europa, á servir de contrapeso en la balanza de la opinión. Es en este momento cuando á los tories les parece una cosa monstruosa y horrenda la Constitución de Cádiz, en la que tanto se reduce el poder real, y para que nada faltara, se recordaba al jefe de la prensa liberal, Jeffrey, quien